

ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en el **Boletín de la Escuela de Medicina**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente

vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>



CEREMONIA DE GRADUACION DE LA PROMOCION 1996

El 15 de Enero de 1997, en el Centro de Extensión de la Pontificia Universidad Católica de Chile, se llevó a cabo la ceremonia de graduación de la promoción 1996 de la carrera de Medicina. A continuación se transcriben los discursos pronunciados por el Decano de la Facultad de Medicina, Dr. Pedro Rosso Rosso y por el mejor egresado de la promoción, Dr Francisco Mery Muñoz.

Discurso del Dr. Pedro Rosso

Hace algunos días, ordenando una pequeña colección de libros antiguos de medicina que he ido reuniendo con los años, en un tratado de terapéutica leí un párrafo que quiero compartir con ustedes, relativo al uso médico de la brea. Esta es una substancia viscosa obtenida destilando al fuego la madera de varios tipos de coníferas. Mencionaba el tratado referido que "se han encomiado mucho los vapores de brea para el tratamiento de la tisis pulmonar", es decir, de lo que hoy llamaríamos una tuberculosis pulmonar avanzada. El tratamiento se realizaba de la manera siguiente: "se pone a evaporar a fuego lento una libra de brea cerca del enfermo, evitando que hierva, porque los vapores empirreumáticos le serían más perjudiciales que útiles y aumentarían la tos y la dificultad respiratoria los médicos de Berlín se han asegurado de su eficacia en algunos casos. De 54 tísicos distribuidos en cuatro salas del hospital de la Caridad de esta ciudad, en las cuales se evaporaba cuatro veces al día una olla de brea, de manera que se llenasen de vapores espesos, 4 se curaron, 6 experimentaron una mejoría sensible, 16 no sintieron mudanza alguna, 12 se pusieron peores y 16 murieron. Este tratamiento es más satisfactorio que ninguno de los aplicados a la tisis hasta el día, y así es que en la actualidad se hace uso de él en el hospital de Berlín, donde hay muchas salas dispuestas al intento".

Se preguntarán por la proveniencia de la información citada y tal vez se sorprendan cuando les diga que es nada menos que el tomo II de una traducción al castellano, publicada en el año 1877, del famoso tratado de "Terapéutica médica" de Trousseau y Pidoux. Nos causa asombro pensar que entre la medicina contemporánea y esa medicina -tan rudimentaria para nuestros estándares- sólo median 120 años. Parece algo fantástico que en ese breve lapso de cuatro generaciones, la tuberculosis se haya minimizado como problema de salud pública y que su tratamiento haya evolucionado desde la inhalación de humos espesos de brea a los antibióticos y la cirugía torácica.

Sin duda, como alguien ha hecho notar, el avance del conocimiento médico ha sido mayor en los últimos 100 años que en los 2.500 precedentes. Esto representa un avance gigantesco, pero ese mismo progreso mueve a pensar que dentro de cien años los médicos que lean nuestros tratados probablemente sentirán por ellos la misma condescendiente simpatía. En esto hay una enorme lección de humildad y es este aspecto, más que el de la cambiante naturaleza de los conocimientos médicos, lo que quisiera enfatizar. Por mucho que la

medicina haya mejorado su capacidad de diagnosticar y tratar enfermedades, la historia reciente nos enseña que lo que conocemos es sólo una ínfima fracción de lo que desconocemos, tan sólo una tenue luz en la inmensa y oscura bóveda de nuestra ignorancia. Los invito a ser reverentes con esa realidad y a asumir, en consecuencia, la humildad como una virtud guía de vuestro ejercicio profesional.

Junto con enseñarnos a ser humildes, la lectura de los antiguos libros médicos nos revela que aun cuando la medicina ha experimentado profundas transformaciones históricas de forma y contenido, ha guardado invariable su esencia. Esta se manifiesta sensiblemente en la naturaleza asistencial del acto médico. Es importante tener muy presente esta verdad cuando los avances tecnológicos de la medicina nos deslumbran, o cuando la socialización, es decir la masificación de la medicina, o, incluso, lo que se ha llamado la "medicalización" de la sociedad, distorsionan esa naturaleza. Es decir, privan al acto médico de su sentido de solidaridad fraterna y compasiva para trasformarlo en elemento de contrato social, mero servicio profesional o, peor aún, en transacción comercial.

Si tenemos claro el concepto anterior comprenderemos que, como médicos, sólo se nos pide algo muy simple y a la vez trascendente, cual es el que respondamos a la llamada de auxilio de quien se siente enfermo. La medicina radica en eso, no es nada más, pero no puede ser nada menos. Es indudable que mediante la mayor cantidad de conocimientos generados por la actividad científica, la medicina de este siglo nos ha otorgado mayor eficacia terapéutica. Sin embargo, al igual que hace miles de años atrás, el diálogo entre un médico y su paciente se inicia, en forma invariable, con la misma solicitud explícita o tácita: "No me siento bien, por favor ayúdame". Todo lo que el médico pueda hacer con posterioridad -para comprender mejor la naturaleza del mal que aflige a su paciente y para tratarlo- es, ciertamente, de la mayor importancia, pero sólo un medio para lograr el auténtico fin, que no es otro que ayudar al prójimo enfermo. La medicina resulta esencialmente incomprensible cuando no es percibida como esa relación de ayuda. Si desaparece en ella la preocupación primaria por la persona, se convierte en lo que Malherbe ha denominado una "biotécnica para reparar organismos descompuestos". Es decir, se transforma en una medicina deshumanizada.

En la tradición medieval el médico era llamado un *vir bonus medendi peritus*, lo que significa un "hombre bueno experto en medicinar". Esas palabras reflejan el hecho, tan humano, de que no hay otra manifestación de bondad más valorada por nuestro prójimo que el de nuestra solidaridad, especialmente cuando ésta es entregada en forma sencilla. Por eso, para ser verdaderamente buenos médicos, además de nuestra competencia profesional debemos ser humildes y compasivos, evitando caer en la triste tentación de sentirnos "señores de la vida y de la muerte". Es fundamental que concibamos a la medicina con la radical alteridad que lleva a actuar buscando siempre, y antes de cualquier otra consideración, el bien integral de nuestros enfermos. Quienes viven la medicina con ese sentido se hacen dignos de ella y perpetuadores de las más antiguas y nobles tradiciones de nuestra profesión. Tal como manifiesta uno de los escritos tardíos del *Corpus hipocrático*, sólo quienes aman al hombre pueden amar al arte médico.

Baglivio decía que la medicina es hija de su tiempo. Con esa frase quiso expresar lo que, más recientemente, Foucault ha caracterizado como una resultante médica de la definición que cada cultura hace del ámbito de los sufrimientos, de las anomalías, de las desviaciones, de las

perturbaciones funcionales, de los trastornos de conducta. Serían esas las definiciones que circunscriben el campo de acción de los médicos, suscitan su intervención y les exigen una práctica específicamente adaptada. No es de sorprender, por lo tanto, que en nuestra época de crisis la medicina no pueda evitar encontrarse en una crisis. Esta abarca casi todos sus ámbitos. Desde la exigencia de la salud como un derecho hasta el de la salud como un problema macroeconómico, político y social. Al igual que lo que experimenta la sociedad como un todo, esta crisis de la medicina no es más que una pérdida de sentido. Como decíamos antes, la medicina ha dejado de reconocerse, se ha alienado, lo que explica su despersonalización y su complicidad en actos que atentan contra la vida humana.

Ante el preocupante escenario descrito, parece entonces válido plantearse si a fines del siglo XX basta con ser médicos humildes y compasivos. Ciertamente que no. A vuestra generación se le pide una tarea de rescate de la medicina y, en este contexto, es saludable recordar que quienes no son parte de la solución se hacen parte del problema. Apelando a vuestra juventud, inteligencia e idealismo, los invito a que sean una parte militante de la solución. No es una invitación retórica. Nuestra Escuela de Medicina está seriamente empeñada en ser motor de cambio en el ámbito de su quehacer. Por esa razón, hemos puesto en marcha iniciativas como la reforma curricular de pregrado, hemos casi duplicado los cupos para la formación de especialistas, hemos creado el programa de Doctorado en Ciencias Médicas, hemos puesto en marcha los Programas de Medicina General y Familiar, de Medicina Intensiva, de Enfermedades Infecciosas, de Medicina Geriátrica, el Programa de Cáncer, y, más recientemente, el Programa de Trasplantes de Organos. Al mismo tiempo, nos estamos esforzando para cambiar el modelo de enseñanza de la medicina en nuestro país, abandonando el paradigma de escuela profesional con profesores de jornada parcial para reemplazarlo por el de escuela universitaria con un cuerpo docente dedicado de lleno a la enseñanza y a la investigación científica.

Es un proyecto muy ambicioso para un país latinoamericano, pero aspiramos seriamente a ser una unidad académica tan buena como las mejores del mundo. Parece un sueño, pero creemos que es necesario soñar, aunque un sueño sin una tarea articulada para lograrlo es una mera ilusión. Por eso estamos trabajando con tanto entusiasmo y seriedad, sabiendo que es una labor de largo aliento destinada a beneficiar la medicina chilena y, por lo tanto, a toda nuestra comunidad nacional.

Queremos invitarlos a ser constructores del mismo sueño, viviendo vuestra profesión generosamente, como una oportunidad de servicio a los enfermos y a la nación chilena. Siendo audaces; proactivos; éticamente inflexibles; sin temor de ir contra la corriente; testimoniando vuestro ideario y vuestra fe con hechos; rehusándose a las componendas; siendo autocríticos y exigentes con ustedes mismos; siendo rigurosos siempre y especialmente en el cumplimiento del deber; siendo intolerantes con la incompetencia y la irresponsabilidad; siendo tenaces. Son estos los ingredientes que hacen falta para reformar funcionalmente a nuestros sistemas de salud. Para hacer más eficientes a los servicios estatales y más solidarios a los privados. Para otorgarle al quehacer de la medicina chilena la humanidad y vitalidad moral extraviadas.

Los felicito afectuosamente por el título que reciben. Felicito también y envío un saludo cordial a cada uno de vuestros seres queridos presentes y a todos quienes hubieran deseado

estar aquí acompañándolos en este día tan importante para ustedes. Les deseo mucha suerte en la realización de vuestros planes personales y profesionales. Estamos orgullosos de ustedes. Confiamos en ustedes. Que Dios los acompañe e ilumine cada paso del camino que hoy inician.

Discurso del Dr Francisco Mery

En este día de especial relevancia, me ha correspondido representar en pensamiento y sentimiento a todos mis compañeros de promoción. Siendo difícil, trataré de centralizar mis ideas sin apartarme del objetivo principal.

Parece ayer cuando ingresamos a esta facultad, temerosos e inseguros de si era realmente nuestra vocación y si seríamos lo suficientemente capaces, viendo muy lejano aquel título tan ansiado. Fue pasando el tiempo, con esfuerzo y aun con sacrificio, olvidándonos de muchas cosas placenteras pero también obteniendo recompensas gratificantes y, sin darnos cuenta, alcanzamos el objetivo tan anhelado de convertirnos hoy, en médicos.

Debo agradecer a todos los que hicieron posible el que estemos reunidos en este solemne acto: a nuestra Casa de Estudios, el hecho de ser una entidad de gran tradición y prestigio al servicio del hombre con una excelente organización y calidad en recursos técnicos, humanos y académicos necesarios tanto para la investigación como para la adecuada formación de profesionales, sin perder de vista los valores morales y éticos de esta Universidad. Estimados docentes, ustedes constituyen uno de los pilares de esta facultad, donde nosotros nos vemos reflejados a futuro, lo cual significa un gran orgullo pero también conlleva un inmenso y constante deber, que han sabido cumplir a cabalidad. Especialmente destacable fue su paciencia y su disponibilidad hacia nosotros, los valores y la necesidad de investigación permanente y autocrítica entregados, especialmente en los últimos años de formación.

Probablemente mi mayor gratitud es hacia nuestros padres y demás personas que han estado a nuestro lado, apoyándonos siempre en las situaciones difíciles y teniendo la paciencia para soportar nuestra tensión y la "no presencia" en el ámbito familiar durante gran parte de nuestra carrera. Ahora deben sentirse orgullosos, ya que esta es la prolongación de vuestra obra, y satisfechos por habernos guiado en la senda correcta.

También quiero brindar mi agradecimiento a Dios, ya que El está presente en cada uno de los pacientes que intentamos ayudar, al interactuar con el que sufre y aprender a verlo como un todo, nos proporcionaron tanto conocimiento como las más valiosas recompensas, confianza y gratitud.

Queridos compañeros, este día es memorable porque nos invaden muchos sentimientos, alegría y satisfacción, por haber conquistado este logro; nostalgia por la separación e incertidumbre por la realización de las próximas metas. Toda sociedad exige la interacción de las personas, y como en todo grupo humano, sometido a un fuerte ritmo de trabajo y a la necesidad de tomar decisiones importantes, surgieron entre nosotros ciertas diferencias, que si aún no han quedado en el camino, hoy es el momento de olvidarlas. Cada uno de nosotros tomará caminos distintos, pero en cualquier lugar que estemos deberemos enfrentar este

nuevo desafío con entrega, responsabilidad, prudencia, estudio y autoanálisis permanente, constancia y creatividad; sin perder de vista el objetivo central, que es aliviar el sufrimiento, manteniendo la dignidad de la persona intacta. Lo anterior no se puede llevar a cabo sin el compañerismo y lealtad que hemos tenido, y que debemos reafirmar. Por último, quiero agradecer el haberme permitido compartir con ustedes, esta etapa tan importante de mi vida.

Hoy adquirimos un compromiso de por vida, con nuestros colegas ingresando a una comunidad médica idealmente fraterna y solidaria; con nuestro centro de formación, y principalmente con los pacientes. Debemos recordar siempre esta premisa, ya que es la base del juramento médico.

Hoy no me siento distinto que ayer, tal vez porque el ser médico no es sólo tener un título, sino que requiere mucha experiencia y criterio, además de conocimientos; es un proceso, que nosotros ya comenzamos, y espero que Dios nos ayude a terminar.